

EMILIA PARDO BAZÁN Y EL REALISMO ESPAÑOL. EL PUNTO DE NO RETORNO EN LOS PAZOS DE ULLOA

Francisco Javier Martín Herreros
Universidad para los Mayores. UCM.
Introducción a la literatura española.
Profesora: Isabel Visedo Orden
Curso 2.012-2.013 (primer cuatrimestre). 1º A

El objeto del presente trabajo es presentar un panorama del realismo-naturalismo español, tratando especialmente la figura de Emilia Pardo Bazán y de su obra "Los pazos de Ulloa", aunque observada esta novela únicamente hasta el momento en que la trama argumental llega al punto en que están ya presentes todos los elementos que, desarrollándose, llevarán a un desenlace. La motivación de este fraccionamiento es doble: en primer lugar, por mera utilidad: no quiero realizar un trabajo en el que su desmesurada extensión pueda suponer una tortura para el lector. En segundo lugar, y aunque mi primera intención no fuese así, he encontrado en lo desarrollado hasta ese punto de la novela una unidad, que quiero resaltar.

Comienza ya el trabajo literario que, como se puede suponer, no descubrirá nada nuevo, limitándose a sintetizar e interpretar, con más o menos fortuna, lo ya dicho y estudiado por otros.

CONTEXTO HISTÓRICO DE LA NOVELA:

Es la revolución de 1868, que fue un intento frustrado (en medio de una importante crisis, origen de la propia revolución) de sentar las bases para un desarrollo económico y político burgués. Este contexto está presente en la novela (se produce la revolución estando Julián en los Pazos, preparando la vuelta de don Pedro, ya casado), aunque no es su hilo conductor más importante. Se expone en la obra de forma clara, además de la revolución septembrina, la decadencia de las formas de vida del Antiguo Régimen, representado por el marqués (que en realidad ya no poseía el título), por su

familia de Santiago y por el señorito de Limioso. Decadencia causada, no por la revolución, sino por la inercia. El Antiguo Régimen se resquebraja porque se tiene que resquebrajar. También vemos en la obra la importancia del omnipresente caciquismo (sobre todo, el rural), la descripción del juego político y de las elecciones como una farsa (tema recurrente en nuestro país) y el papel del clero y de sus vetustos compañeros de viaje. La vida política en España estaba dominada por un sistema parlamentario bipartidista en el que dos formaciones, similares en muchos aspectos, se repartían los tiempos de gobierno, con algunos momentos más autoritarios y con periódicos pronunciamientos. Las elecciones no condicionaban a los gobiernos, sino más bien a la inversa. La revolución de 1868 (*“La Gloriosa”*) supuso únicamente un paréntesis, quedando pendientes las necesidades de libertad, a veces soterradas, a veces palpablemente presentes, del pueblo español, por lo menos desde la Cortes de Cádiz.

CONTEXTO SOCIAL:

En lo que a nosotros nos importa con respecto a la literatura realista debemos indicar el protagonismo, cada vez mayor, de las clases sociales y el papel de la mujer, del amor y del matrimonio. La incipiente separación de la sociedad en clases no está suficientemente expuesta en esta novela, de claro contenido rural, aunque sí en una gran cantidad de otras novelas realistas, incluidas algunas de la propia Emilia Pardo Bazán. Sí está, por el contrario, presente en la obra -como no podía ser de otra manera- el papel de la mujer, del amor y del matrimonio. En el momento en que se publicó la novela la mujer seguía siendo menor de edad y casada normalmente sin su consentimiento (atendiendo a intereses económicos y casi siempre dentro de su propio grupo social). El amor podía o no existir, pero casi nunca en forma igualitaria, sino ideal, manteniendo la subordinación de la mujer al tiempo que su incapacidad jurídica. O bien, y como consecuencia de ello, presentaba la forma de adulterio. En la novela de Pardo Bazán aparecen todas estas formas de amor y, con respecto a las clases sociales, observamos unas relaciones que se acercan más a sociedades preclasistas, estamentales, que a las correspondientes a una sociedad burguesa. Relaciones, por otra parte, deterioradas por la decadencia de los antiguos señores. España continuaba siendo un país fundamentalmente agrario, con hambrunas cada diez años. La sociedad española del siglo XIX era bastante parecida a la del siglo XVIII, diferenciándose de las sociedades europeas más avanzadas, las potencias industriales. La nobleza conservaba casi todo su poder (la burguesía era todavía débil y el proletariado escaso). Algunas familias, incapaces de asumir el comercio y la industria, tuvieron que vender su título. Asombrosamente, es en el seno de esta sociedad, en el año 1904, donde la autora se expresó en los siguientes términos: *“el movimiento feminista es la única conquista totalmente pacífica que lleva trazas de obtener la humanidad”* (*“La mujer española”*). En cualquier caso, todos estos elementos que pueden racionalizarse (mujer, sociedad, feudalismo, etc.) están tratados en la novela como fuerzas ciegas de la naturaleza. Puede decirse además que el público de novelas como la de Pardo Bazán está, principalmente, entre la burguesía que intenta afianzarse.

CONTEXTO LITERARIO:

A mediados del siglo XIX aparece en la literatura occidental (y en España) una forma de escribir que afirma, al contrario que la literatura romántica, la realidad frente a la idealización y la objetividad frente a la subjetividad. Esta nueva forma de expresión literaria es una técnica (utilizada también en otros momentos históricos en nuestro país, no olvidemos *El Quijote*), pero no sólo es una técnica, sino que también da nombre a un movimiento literario que va evolucionando y en el que se integra la obra de Emilia Pardo Bazán: es el realismo, que se caracteriza por la presentación de un conflicto entre el individuo y la sociedad y que se resuelve con la integración o destrucción de ese individuo por esa sociedad. El realismo es una técnica, no un determinado argumento, en la que el personaje es siempre producto de un ambiente, de un contexto que no puede evitar. Ambiente y contexto perfectamente descritos y verosímiles, además de actuales (contemporáneos) y que incluyen a todos los grupos o clases sociales presentes en la sociedad. Integrantes de esta corriente literaria son, en España: José María de Pereda, Benito Pérez Galdós, Leopoldo Alas "Clarín", Juan Valera, Emilia Pardo Bazán, Armando Palacio Valdés, Vicente Blasco Ibáñez, etc. Pero estos autores presentan diferencias: aparte de su distinta situación en el espectro político (que a veces da lugar a obras que toman partido, llamadas "de tesis") pueden dar más o menos importancia a la sociedad, al ambiente, a la naturaleza, en detrimento del individuo. Aparece el llamado *naturalismo*, donde el individuo está tan condicionado por las circunstancias que es llevado por ellas como un juguete, sin posibilidad de autonomía, dando lugar al determinismo (fatalismo) en el desarrollo de la historia narrada. Esta división entre realismo y naturalismo es exacta solo en parte: se utiliza como esquema de trabajo, pues muchos de los autores realistas presentan en sus propias obras los dos aspectos, con diferentes matices, resultando normal en muchos casos que en un mismo autor se produzca a lo largo de su vida literaria una evolución que cubra todos los momentos del realismo, o incluso su superación. *"En su época, los términos 'realismo' y 'naturalismo' eran considerados como sinónimos y sólo más tarde fueron separándose hasta quedar el realismo como forma de expresión preferida por las clases burguesas y el naturalismo como el de las nuevas clases proletarias"* (José Hesse, en su introducción a la obra *"La tribuna"*, de Taurus).

Emilia Pardo Bazán, en su obra *"La cuestión palpitante"* (1882-1883) realiza una crítica del naturalismo expuesto teóricamente por Zola (del que trajo a España sus propuestas técnicas). Critica tanto su determinismo, similar para ella al determinismo religioso (*"el vicio capital de la estética naturalista: someter el pensamiento y la pasión a las mismas leyes que rigen la caída de la piedra"*) como el utilitarismo que considera que la novela está *"llamada a regular la marcha de la sociedad, a ilustrar al criminalista, al sociólogo, al moralista, al gobernante"*. Termina diciendo que *"Si es real cuanto tiene existencia verdadera y efectiva, el realismo... comprende y abarca lo natural y lo espiritual, el cuerpo y el alma"*. Esta postura de Pardo Bazán es similar a la mantenida por Benito Pérez Galdós, en cuyas novelas la naturaleza puede aplastar al individuo, pero este mantiene hasta el final su inocencia, su verdad, elevándose sobre esas mismas circunstancias y triunfando, por tanto, sobre ellas. Es un "realismo

espiritual". O un "naturalismo a la española", con el que Pardo Bazán logra reconciliar principios y teorías aparentemente opuestos.

BIOGRAFÍA DE EMILIA PARDO BAZÁN:

Nació Emilia Pardo Bazán en La Coruña, en 1851, hija única de una familia acomodada poseedora de un título nobiliario y con un padre progresista y partidario de la igualdad entre los dos sexos. Estudió en un colegio francés y laico de Madrid, convirtiéndose en una ávida lectora desde muy corta edad, cambiando las clases de piano (imprescindibles en aquellos tiempos en toda señorita que se preciase de serlo) por las de latín, para poder leer los clásicos. A los 17 años (1868) se casó con José Quiroga, estudiante de Derecho, con quien tuvo tres hijos (Jaime, Blanca y Carmen), estableciéndose en Madrid en 1869 y viajando por Europa (aprendió el francés, el inglés y el alemán). En 1879 escribió su primera novela, "*Pascual López. Autobiografía de un estudiante de Medicina*". En 1883 escribe "*La cuestión palpitante*", que introduce los principios del naturalismo francés en España y que "*no es un catecismo naturalista, sino una exposición y crítica del naturalismo francés*" (Carmen Bravo Villasante, citada por José Hesse). Su marido, vencido por las críticas que suscita esta obra por la condición de mujer de su autora, presenta a Emilia la siguiente alternativa: o el matrimonio o su profesión. Ella elige su profesión, separándose amistosamente. Tiene diversas relaciones amorosas, entre ellas una, prolongada, satisfactoria, abierta y llena de complicidad y de amistad, con Benito Pérez Galdós, a quien escribe: "*No deseo ciertamente que me hagas una infidelidad, pero aún concibo menos que te echas una amiga espiritual*". Fue una feminista adelantada a su tiempo (funda y dirige, en 1892, la publicación "*La biblioteca de la mujer*").

Era católica y monárquica, pero no fue conservadora. Escribía lo que veía con total libertad, sin ningún tipo de autocensura, describiendo su Galicia profunda y rural ("*Los Pazos de Ulloa*") y el capitalismo decimonónico ("*La Tribuna*"). Habló de la sexualidad de las mujeres, de su derecho al deseo, en obras como "*Insolación*" y de la muerte en "*La sirena negra*". Fue la primera mujer española con una cátedra universitaria (a la que no acudían muchos estudiantes, que consideraban que esa era una tarea de hombres), la primera periodista profesional en España, la principal ideóloga del feminismo en su tiempo, la primera mujer en presidir la sección de literatura del Ateneo de Madrid y la mejor narradora del siglo XIX en castellano, aunque fue rechazada tres veces por la Real Academia de la Lengua. Escritora prolífica, además de sus múltiples novelas publicó ensayos, cuentos, libros de viajes, biografías, obra periodística, críticas literarias, teatro y lírica. En sus últimos años evolucionó hacia un mayor simbolismo y espiritualismo. Murió en 1921, en Madrid.

Su vida, como la de tantas otras personas, fue compleja, con ciertas contradicciones, como el contraste entre su posición política y religiosa y su papel vanguardista. José Hesse, en una introducción a la obra "*La Tribuna*" (Taurus, 1968), dice que Pardo Bazán tuvo una vida de una desconcertante simplicidad, no porque se desarrollase por sendas ñoñas y convencionales, que no fue así, sino porque sus crisis

y apetencias las asumía racionalmente, integrándolas en la normalidad. Siempre segura de sí misma, dispuesta a aceptar la realidad objetiva de los hechos, sin evasiones.

LOS PAZOS DE ULLOA

Germán Gullón, escritor y crítico literario, en su artículo del año 2003 *“La densidad genérica y la novela del ochocientos: Los pazos de Ulloa de Emilia Pardo Bazán”* nos presenta la llegada del joven sacerdote Julián Álvarez a los Pazos de Ulloa, para hacerse cargo de la capellanía y de la administración de la casa solariega, como una triple y sucesiva inmersión del ingenuo clérigo en un mundo especial, laberíntico y salvaje, distinto del mundo civilizado del que procede.

Julián Álvarez, desorientado y polvoriento, inexperto jinete, avanza por el camino real de Santiago a Orense buscando los Pazos del marqués de Ulloa, experimentando *“indecible malestar, disculpable en quien nacido y criado en un pueblo tranquilo y soñoliento, se halla por primera vez frente a frente con la ruda y majestuosa soledad de la naturaleza”*. Habiendo pasado por un estrecho sendero *“sepultado en las oscuras profundidades del pinar”* después de recibir incompletas explicaciones por parte de un peón caminero y de una labradora, que hablaba *“en dialecto”*, se encuentra con una negra cruz, que señala una antigua muerte violenta. Más tarde pasa por delante de un sencillo y hermoso crucero. Unos disparos que le asustan, resultan proceder de un grupo de tres cazadores: don Pedro, el marqués de Ulloa (*“despedía su arrogante persona cierto tufillo bravío y montaraz, y lo duro de su mirada contrastaba con lo afable y llano de su acogida”*), Primitivo, criado de edad madura (*“con una expresión de encubierta sagacidad, de astucia salvaje”*) y el abad de Ulloa (*“Ahora se estila ordenar mequetrefes (...) Y luego, mucho de alzacuellitos, guantecitos, perejiles con escarola...”*). Este primer capítulo es la primera inmersión de Julián Álvarez en el mundo de su historia y contiene ya elementos significativos que merecen ser señalados: además de los tres personajes (la aristocracia decadente, el clero montaraz y un inclasificable criado que dirige, para su propio interés, la vida material de los pazos, aún por encima del marqués) nos encontramos con el exuberante paisaje, con el *“dialecto”* y con la negra cruz de un crimen.

Segunda inmersión: el pazo. Siendo ya *“noche cerrada, sin luna”*, aparece el contorno de la *“ancha mole de los pazos de Ulloa”*, con su *“gran puerta central cerrada a piedra y lodo”*. La comitiva, *“Después de haber cruzado varios corredores sombríos”* llega a la cocina, donde *“hallábase acurrucada, junto al pote, una vieja”* que *“no bien advirtió que venía gente, levantóse más de lo que permitían sus años y se desvaneció como una sombra”*. Una muchacha, Sabel, hija de Primitivo, prepara la comida, en primer lugar para los perros, apareciendo entre ellos un *“rapazuelo de tres o cuatro años... con quienes parecía vivir en la mayor inteligencia y más estrecha fraternidad”*. Se trata de Perucho, niño precioso, salvaje y sucio (hijo de Sabel y del propio marqués, como se verá más tarde). En *“una mesa de roble, denegrada por el uso”*, con *“un mantel grosero, manchado de vino y grasa”* se prepara la comida. El marqués primero y Primitivo después, adentrados ya en una cena acompañada con vino, dan de beber al niño varios vasos hasta emborracharle, con la aquiescencia del abad y de Sabel y el

horror de Julián que, además, se turba, hasta bajar los ojos, ante la presencia de la hermosa muchacha. Aquí aparecen, también, varias circunstancias importantes: el Pazo (la “huronerá”), envuelto en un cierto abandono; la misteriosa brujería, apenas entrevista en la vieja huidiza; Perucho, un niño salvaje; Sabel, el deseo, la sensualidad que turba a Julián; y la brutalidad de la borrachera del niño.

La tercera inmersión comienza la mañana siguiente, con un *“sol de otoño, dorado y apacible”*. Julián abre la ventana de su cuarto y encuentra un precioso valle delante de sus ojos (el mismo valle que en otros momentos de la historia se presentará de forma amenazadora). Es el Julián perteneciente a *“la falange de los pecatos, que tienen la virtud espantadiza”*, el Julián que *“de niño jugaba a decir misa y de grande no paró hasta conseguirlo”*, con un temperamento *“puramente femenino, sin ardores ni rebeldías”* el que, mirando encantado por la ventana de su cuarto, siente detrás de sí un rumor de pisadas cautelosas y, al volverse, ve a Sabel, *“arremangada hasta el codo, con el pelo alborotado, seco y volandero, del calor de la cama, sin duda; y a la luz del día se mostraba más la frescura de su tez”*. Algunos días más tarde, las idas y venidas de Sabel por el cuarto de Julián, sin aparente motivo, *“en justillo y enaguas, con la camisa entreabierto, el pelo destrenzado y descalzos un pie y pierna blanquísimos”* y, más tarde, un simulado ataque repentino sufrido por la mujer, que la obliga a recostarse en la cama *“despidiendo lastimeros ayes y hondos suspiros”*, encienden a Julián hasta el cogote haciéndole sentir una *“cólera repentina, ciega”*, que le hace decir *“No me vuelva usted a cruzar esa puerta... Todo, todo lo que necesite me lo traerá Cristóbal”*. Es otra vez la naturaleza, esta vez en forma de mujer.

A estas alturas de la narración (apenas el principio, apenas una presentación) ya sabemos, o sospechamos, que Julián no podrá sobrevivir incólume. En esta especie de miniatura descriptiva que forman estos primeros capítulos ya están presentes el denso paisaje, con luminosos panoramas rurales, la Galicia profunda, la superstición, la magia, la religión, la decadencia, la sensualidad, la brutalidad, además de casi todos los personajes más importantes de la novela. En los capítulos siguientes se describe la situación de ruina y abandono de la heredad (“la huronerá”, como la llama el marqués), de su archivo, de su jardín, de sus estancias. Y la lenta, continuada e inexorable labor interesada de Primitivo. También hacen acto de presencia los aldeanos y el clero de los pueblos circundantes (sobre todo Eugenio, párroco de Naya). Julián descubre los amoríos del marqués con la criada y considera su deber irse de los pazos.

SANTIAGO DE COMPOSTELA

Julián sugiere al marqués marchar a Santiago para poder escapar de la situación y cambiar así el destino: *“Apartándose usted de aquí algún tiempo, no sería difícil que Sabel se casase con persona de su esfera y que usted encontrase... una esposa legítima”*. Marchan pues, a Santiago, no sin resistencias de Primitivo, instalándose en casa de Don Manuel Pardo, señor De la Lage y tío de don Pedro. El marqués de Ulloa pretende encontrar, de entre sus cuatro primas, a aquella que será su esposa, idea que no disgusta a Manuel. Rita, la hija mayor, posee en mayor grado

que sus hermanas las condiciones que necesita el marqués encontrar en aquella que haya de ser su esposa: belleza y buen tipo, además de la complexión y la fortaleza necesarias para ser una buena madre. Don Pedro no puede evitar la atracción que le produce Rita, pero sus maneras desenvueltas y coquetas, que la ridícula forma de pensar en una pequeña ciudad como Santiago confunden con otra cosa, le hacen desconfiar de forma instintiva, como buen hidalgo y defensor de su propia honra que no puede dejar de ser. Julián aconseja por segunda vez a don Pedro diciéndole que la prima ideal para esposa es Nucha, la tercera hija de Manuel, menos hermosa, pero llena de virtudes humanas y cristianas. Pedro escoge a Nucha y la boda se lleva, finalmente, a cabo. De ella dice el capellán: *“Cuando el señorito Gabriel (hermano pequeño de Nucha) quedó sin mamá de pequeñito, le cuidó con una formalidad que tenía la gracia del mundo, porque ella no era mucho mayor que él. De día, de noche, siempre con el chiquillo en brazos. Le llamaba su hijo. Parece que el peso del chiquillo la rindió, y por eso quedó más delicada de salud que las otras. Es un ángel, señorito”*. Y también: *“...la señorita Marcelina (Nucha), ahí donde usted la ve, se confiesa y comulga tan a menudo, y es tan religiosa, que edifica a la gente”*. Y en la noche de bodas encontramos: *“...impregnaba la alcoba más misterio religioso que nupcial (...) cortinas, de damasco rojo franqueadas en oro, se parecían exactamente a colgaduras de iglesia, y cuyas sábanas blanquísimas, tersas y almidonadas, (...) tenían la casta lisura de los manteles de altar”, “Temblaba como la hoja en el árbol, y a través de sus crispados nervios corría a cada instante el escalofrío de la ‘muerte chiquita’ (...) volvió a arrodillarse (...) Oyéronse en el corredor pisadas recias, crujir de botas flamantes, y la puerta se abrió”*. Aquí aparece, además de la prepotencia del hombre, una actitud de la mujer ante el sexo, cargada de contexto, y no suficientemente desmentida en los meses siguientes, de aparente buena convivencia en los pazos.

Con Nucha (el personaje que faltaba de entre los descritos anteriormente) tenemos ya a los protagonistas más importantes. Podemos pasar con más rapidez por algunos aspectos de la trama argumental, para no alargar demasiado el trabajo (disgusto de Pedro en Santiago; vuelta a los Pazos, adelantándose el capellán, que no es capaz de sacar a Sabel y a Perucho de la casa familiar; voracidad y astucia de Primitivo, que parece ser ya el dueño de la hacienda; visitas del matrimonio a los vecinos; descubrimiento casual de Perucho por parte de Nucha, que le cree ahijado del Marqués y en el que vierte su afectividad).

La descripción de la vida y las relaciones sociales en Santiago dan pie a presentar esta novela, en contraste con el bárbaro campo, como una superioridad del educado, civilizado y a la vez banal comportamiento de los *ciudadanos* sobre los *campesinos*. En definitiva: la urbe contra los caserones y los sembrados. Y en esta batalla, ganarán las fuerzas de los pazos sobre las de Santiago.

EMBARAZO DE NUCHA

El embarazo de Nucha, anunciado por ésta al marqués *“en una especie de murmullo o secreto dulcísimo”* cuando estaban ambos en el camino de vuelta a los Pazos, produjo en don Pedro, tras una inmediata sorpresa, *“la exaltación de una*

victoria". *"Cayéndosele la baba de gozo"* explicó la buena nueva al capellán y, como éste le comentase, después de reiteradas felicitaciones, que podría ser una niña, el marqués gritó con toda su alma: *"¡Imposible! Ni de guasa me lo anuncie usted, don Julián... Tiene que ser un chiquillo, porque si no, le retuerzo el pescuezo a lo que venga. (...) Dios no me ha de jugar una mala pasada. En mi casa siempre hubo sucesión masculina"*. Pero durante aquella temporada de expectación, don Pedro *"la sacaba todas las tardes, sin faltar una, a dar paseítos higiénicos, que crecían gradualmente", "tendía a satisfacer sus menores deseos: en ocasiones se mostraba hasta galante", "Parecía que la leñosa corteza se le iba cayendo, poco a poco, al marqués, y que su corazón, bravío y egoísta, se inmutaba, dejando asomar (...) blandos afectos de esposo y padre"*. Y, al mismo tiempo, a Julián, *"tan natural contingencia no se le había pasado siquiera por las mentes. La veneración que por Nucha sentía, y que iba acrecentándose con el trato, cerraba el paso a la idea de que pudieran ocurrirle los mismos percances fisiológicos que a las demás hembras"*. *"Siendo Nucha tan buena para mujer de un hombre, mejor sería para esposa de Cristo"*, *"Parecía a Julián que Nucha era, ni más ni menos, el tipo ideal de la bíblica esposa"*, *"se decía a sí mismo que había logrado contribuir al establecimiento de una cosa gratísima a Dios: el matrimonio cristiano"*. *"No se cansaba Julián de admirar la noble seriedad de Nucha"*. Y mientras tanto, Nucha *"cosía sin descanso prendas menudas, semejantes a ropas de muñecas"*. Un observador de los tiempos actuales no podría dejar de percibir la formación de un triángulo afectivo, con lados de diferente naturaleza y tamaño.

EL PARTO

Las urgencias del parto, cuando llegó su momento, fueron sentidas de forma distinta por el capellán y por el marqués. Se mandó llamar a Máximo Juncal, médico de Cebre (aldea cercana) y Julián se ofreció a ir también a avisarle, pero fue rechazado con risas, pues ¿qué tenía que hacer una sotana en esos temas? Reprendiéndose a sí mismo por haberse considerado inútil en aquel trance, Julián comprendió *"que le incumbía lo más importante y preciso, que es impetrar la protección del cielo. Y arrodillándose, henchido de fe, dio principio a sus oraciones"*. Bajando al comedor, se encontró con el marqués *"cenando con apetito formidable, como hombre a quien se le ha retrasado la pitanza dos horas más que de costumbre"*. Notándole malhumorado e impaciente, le preguntó si el médico iba a llegar a tiempo. Don Pedro respondió: *"¿Qué si da tiempo?, ¡Como no lo dé de más! Estas señoritas finas son muy delicadas (...) Si fuese por estilo de su hermana Rita..."*, *"Son una calamidad las mujeres de los pueblos (...) tiene una debilidad y una tendencia a las convulsiones y a los síncope, que... ¡Melindres, diantre! ¡Melindres, a qué las acostumbran desde pequeñas!"* Subió Julián a rezar. Pasaban las horas y, aunque le daba vergüenza ceder a la tentación, sus ojos se cerraron. Despertándose, ya de día, bajó y se encontró con el médico, que llegaba, pues decía no haber recibido el aviso antes. Dijo Máximo Juncal: *"Mil veces mejor preparadas están las aldeanas para el gran combate de la gestación y el alumbramiento, que al cabo es la verdadera función femenina"* Y don Pedro se acordó, *"con extraños remordimientos casi incestuosos, del robusto tronco de su cuñada Rita. También recordó el nacimiento de Perucho, un día que Sabel estaba amasando"*. Y decidieron, entre los dos, en contra de los deseos de Nucha, que la madre no podría

criar y que había que traer un ama de cría, yéndose don Pedro a Castrodorna, aldea no muy cercana, a buscarla. A su vuelta, aún no se había producido el parto y el marqués, con hambre atroz, se puso a cenar, servido por Sabel, *“fresca y apetecible como nunca, y las floridas carnes de su arremangado brazo, el brillo cobrizo de las conchas de su pelo, la melosa ternura y sensualidad de sus ojos azules, parecían contrastar con la situación, con la mujer que sufría atroces tormentos, medio agonizando, a corta distancia de allí”*. Dando el reloj de pesas, con fatigado son, los sonidos de la medianoche, el doctor *“tendióse en el banco del comedor poniendo por almohada una cesta”*. Y el señorito *“cruzando sobre la mesa ambos brazos, había dejado caer la frente sobre ellos”*. Sólo quedaba Julián despierto. Subió a su cuarto y quería rezar, pero desfallecía. *“Alzó los ojos, buscando a Dios más allá de las estampas y de las vigas del techo, y, abriendo los brazos en cruz, comenzó a orar fervorosamente en tal postura”*. Llegó la aurora, que Julián no veía, *“sus labios ya no pronunciaban frases, sino un murmullo que todavía conservaba tonillo de oración. En medio de su doloroso vértigo oyó una voz”*. Julián entendió solo dos palabras: *“Una niña”*.

FINAL

A estas alturas de la historia, sobrepasadas apenas la mitad de las páginas del libro, ya están echadas todas las cartas sobre la mesa: el marqués no posee un heredero masculino legítimo y, además, desea una mujer hermosa y fuerte, despreciando a su esposa. La señora de los pazos de Ulloa se encuentra fuera de su ambiente natural, la pequeña ciudad de Santiago, aislada y atada a un hombre que no la tiene en cuenta y sin posibilidad de construir una verdadera familia. Julián, el capellán, está enamorado, sin saberlo, de Nucha, y fuertemente ligado a su pequeña hija. Sabel, madre de un niño, Perucho, hijo natural del marqués, mujer con encantos innegables (como Rita, la hermana de Nucha) vuelve a los brazos de don Pedro. Primitivo no necesita ya disimular: puede desarrollar sus oscuras actividades para apoderarse de toda la heredad del marqués. Y, alrededor, el resto de los personajes y de las situaciones, que serán desarrollados de forma magistral, principalmente en la parte de la obra que no vamos a tratar: los caciques, la magia, las cacerías, el clero, las elecciones, el endeudamiento de don Pedro con Primitivo...

Tal parece la novela un folletín, aunque de categoría, teniendo en cuenta toda la realidad circundante. Y con una perfección descriptiva innegable.

Pasados diez años del desenlace de la historia que narra Pardo Bazán, Julián, envejecido pero más varonil, llevando en el rostro *“la severidad del hombre acostumbrado a dominar todo arranque pasional”*, pero habiéndose vuelto más indulgente con los demás, vuelve a los pazos de Ulloa. *“La gran huronera, desafiando al tiempo, permanece tan pesada, tan sombría, tan adusta como siempre”*. Allí encuentra la tumba de Primitivo y, también, la de Nucha. Cebre, la pequeña villa cercana, ha cambiado, sin embargo, atendiendo a las mejoras morales y materiales de los tiempos. El marqués está aparentemente desaparecido (no se dice nada de su presencia, en los lugares en los que vivía, como tampoco de Nucha). Estando Julián frente a la modesta tumba de la mujer que quiso, (*“la santa, la víctima, la virgencita,*

sola, abandonada, vendida, ultrajada, calumniada...”, reflexiona el capellán) aparece, subiendo la cuesta entre risas, una pareja. *“Mientras el hijo de Sabel vestía ropa de buen paño, de hechura como entre aldeano acomodado y señorito, la hija de Nucha, cubierta con un traje de percal, asaz viejo, llevaba los zapatos tan rotos, que pudiera decirse que iba descalza”*.

Pero esto pertenece ya a otra historia, relatada por Emilia Pardo Bazán en su novela *“La madre naturaleza”*.

También podemos añadir que la obra está narrada en tercera persona, con un narrador omnisciente (conocedor de todo el desarrollo), que el desencadenante de la acción son los consejos del inocente capellán, que los acontecimientos se desarrollan linealmente, que el estilo es coloquial y romántico...

E, incluso, podemos considerar de importancia elementos como la magia, como Galicia, como las elecciones...

Podemos, pero no lo hacemos. Que me perdonen los posibles lectores, que se quedarán sin conocer todas las tramas argumentales, pero en la literatura (y también es literatura, aunque pequeña, un trabajo escolar para la calificación de un tramo de estudios) los silencios, como en la música, tienen su importancia. El que quiera conocer todo el desarrollo de la historia, que lea el libro.

Barrio de Prosperidad, a 31 de Enero de 2013